



© Federico Gama.

Géneros difusos: entre espadas y crisantemos, monstruos y prodigios

Mauricio Sáenz Ramírez*

La ciencia debería de ser el primer dios que escape a esa desagradable tentación divina de hacer al hombre, a su imagen y semejanza (Anónimo).

Muchos jóvenes son jóvenes aun a pesar de ellos (Anónimo).

En 1961 James S. Coleman señalaba: “existen indicios de que la cultura de las muchachas deriva en algún modo de la de los muchachos: el papel de la chica es estar ahí y verse bonita, esperando que la estrella deportiva vaya hacia ella. Debe cultivar su apariencia, ser vivaz y atractiva, usar la ropa adecuada y luego esperar hasta que el jugador de fútbol, cuyo estatus está determinado por sus logros específicos, venga a escogerla” (Coleman, 2008: 153). Casi medio siglo después, Lazeena Muna reporta la situación de la “conducta sexual” de la gente joven en Dacca mediante un texto en el que un punto focal corresponde a ideas como “las conductas aceptables”, “cómo ser un hombre

o una mujer ideales” y la “pureza sexual” (Muna, 2005).

A más cuatro décadas de distancia, y a través de una variopinta gama de formas y contextos espaciales y temporales; el fondo de los discursos ha mantenido cierta cadencia, uniformidad y continuidad cuando se trata de hablar de esos puntos en que confluyen juventud, sexo y género.

Desde las investigaciones de Talcott Parsons, Margaret Mead y Ruth Benedict, hasta muchas de las más recientes –insertas ya en los estudios de juventud propiamente dichos–, las categorías de sexo, género y sexualidad han sido dadas por sobreentendidas, así como la juventud ha sido estereotipada en otros ámbitos.

* Estudiante del Posgrado de Antropología Social, ENAH-INAH. Email: meurigthefool@yahoo.com

Y aun cuando encontrar menciones de hombres y mujeres jóvenes, en realidad no es algo que se dé con poca frecuencia; son los supuestos que este nombrar encierra los que deberían ser sujeto de debate.

Un primer paso en este sentido se da al considerar desde los primeros estudios en que se conjuntaban la juventud, el género y el sexo que tales conceptos han partido de la construcción de una identidad heterosexual (tomada como la regla, la “normalidad” y la mayoría/hegemonía), dejando de lado jóvenes lesbianas, homosexuales, transexuales, bisexuales... (Valentine, Skelton y Chambers, 1998), negando así toda una arista de la diversidad humana en general, y de las juventudes en particular.

Un segundo señalamiento se refiere a toda esa investigación juvenil que intenta ahondar en estos temas, pero considera las problemáticas del sexo y el género a partir de preocupaciones, contextos y actividades adultas, lo cual acaba por llevar muchas de las discusiones alrededor de la equidad de género, la salud sexual y reproductiva; en el mejor de los casos, quedan reducidos a narraciones sobre particularidades culturales consignadas como estudios de caso (Bucholtz, 2002). El problema en este sentido es que los jóvenes aparecen como actores silentes, con voz prestada por los adultos; mudos transeúntes producto de todo menos de su capacidad de decisión, y que tienen como prioridad no quiénes son, sino en quiénes deberán convertirse.

El tercer escollo es identificable al considerar que además del heterosexismo y adultocentrismo que regían (y siguen rigiendo) de manera indirecta (o no) las investigaciones en que se imbrican la sexualidad, la juventud y el género, no se puede dejar de lado el hecho de que en muchos casos, y por mucho tiempo, cuando se ha hablado de jóvenes en realidad se está hablando de hombres jóvenes, reforzando la hegemonía masculina fincada en muchas sociedades. Quedando las mujeres jóvenes fuera de la historia, sin importar su historia y papel dentro de las juventudes.

Por último, es necesario cuestionar aquellas investigaciones en las que se denomina a los sujetos de manera contundente (e incluso arbitraria) como “jóvenes, hombres o mujeres, heterosexuales u homosexuales”, y que sólo por este simple acto clasificatorio se asignan a sí mismas un sitio dentro de las investigaciones sobre juventud, sexo y género, aun cuando en estos casos en particular tales denominaciones no pasan de ser



© Federico Gama.

adjetivos y no llegan a conformarse como categorías de análisis.

Todo lo cual demuestra la necesidad de iniciar investigaciones en estos tres temas evitando priorizar el análisis de sólo una de estas categorías por encima de las otras y, por el contrario, haciendo énfasis en sus interacciones, imbricaciones y articulaciones.

El, ella, eso

Desde épocas tempranas, cuando eran púberes, efebos y mozos, hasta que se constituyen como muchachos, adolescentes y finalmente jóvenes (Urteaga, 2007), estos “ya no niños” y “aún no adultos” han sido percibidos socialmente como seres liminales con tintes fisiológicos, enfrascados en ritos de paso y transiciones. No son *sujetos*, sino que están sujetos por los discursos jurídicos, médicos, escolares y/o religiosos, los cuales pretenden que los jóvenes sean seres asexuados, andróginos e incorpóreos, que sólo adquieran sustancia en razón del papel que los adultos crean que deberán desempeñar. Y sólo bajo determinadas circunstancias el “ser hombre o ser mujer” (sea lo que sea que esto signifique) cobrará cierto valor e interés académico. Por otro lado, se da por sentado que este ser hombre o ser mujer es heterosexual, y esta categoría ha estado asociada a una fórmula que parece simple: tener pene es igual a ser hombre, y tener una vagina es igual a ser mujer; eso es lo “natural”, y quien lo dude sólo tiene que mirar entre las piernas.

El resto, eso que es “lo masculino” y “lo femenino”, es cuestión de género. Pero incluso el lector podría no extrañarse por ello, porque la idea de que *el género es la expresión cultural de un “sexo natural” con supuesto sustento en las diferencias anató-*

micas, es una propuesta que hasta hace poco era considerada científicamente válida; sin embargo, recientes debates han señalado que esta definición deja de lado el hecho de que el género, lo mismo que el sexo, es una construcción social, sólo que la primero fue creada *ex profeso* para tener un carácter prediscursivo que sustente a la segunda (Butler, 2000, 2001).

Y aun cuando género y sexo, como construcciones culturales, poseen una condición constitutiva dentro de los procesos de las conformaciones identitarias; ambas son categorías normativas. Ello tiene su origen en las teorías biologicistas y el saber médico, las concepciones jurídicas del individuo y todas las formas institucionales de normar, las cuales insisten en demarcar a los sujetos sin ambigüedad, para evitar la proliferación de seres que no puedan ser definidos ni controlados. Por ello, los discursos institucionales expresan en cierta medida lo que los sistemas históricamente situados quieren y desean para y de los sujetos:

[...] el efebo es objeto de una preocupación valorizante en toda la cultura griega a causa de la posición que le tocaba cumplir al adolescente en la economía de la sexualidad, donde podía ser pasivo, pero era noble como ciudadano varón. Sin embargo, el hecho de que en este mismo efebo

estuviera en germen el futuro ciudadano y éste pudiese conservar rastros de “pasividad sexual” en la vida adulta (lo que le asemejaba a una prostituta) llenaba a los pensadores griegos de honda preocupación [...] (Amícolá, 2000: 25).

A su vez, al hablar de los llamados hermafroditas en el siglo XVI, Ambroise Paré señala:

[...] y a estos, las leyes antiguas y modernas les hicieron –y les hacen aún– elegir qué sexo desean utilizar, con prohibición, so pena de perder la vida, de utilizar aquél que no hubieran escogido, debido a los inconvenientes que de ello pudiera resultar. Pues algunos han abusado de tal manera, que mediante un uso mutuo y recíproco se entregaban a la lascivia con uno u otro sexo, a veces de hombre, a veces de mujer, puesto que tenían naturaleza de hombre y mujer adecuada para tal acto [...] (Paré, 2000: 38)

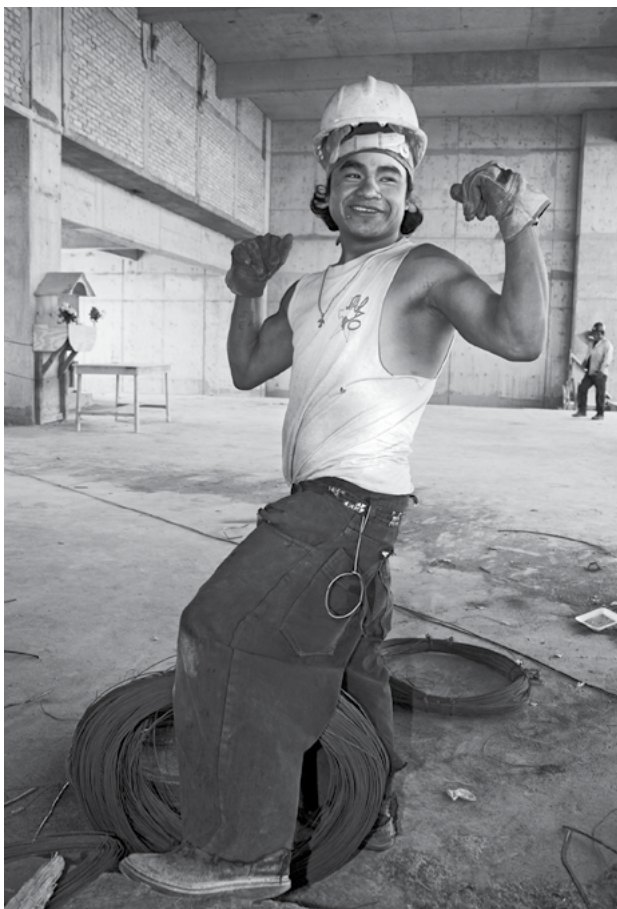
Estos ejemplos sirven para demostrar que, debido a su propia naturaleza regulatoria, los propios sistemas normativos no sólo acaban excluyendo, sino además, y de manera paradójica pero consecuente, produciendo a los sujetos que van a excluir: todos aquellos que no resulten definibles o “inteligibles” –como sostiene Judith Butler– en los discursos hegemónicos; es decir, los que no se ciñen a las concepciones clásicas de sexo, género y deseo. Por ello se puede concluir que no hay género, ni sexo, ni cuerpo, e incluso no hay juventud, previos a la cultura. Todos son discursos construidos y determinados por sujetos históricamente ubicados.

Sin embargo, es erróneo pensar a los actores como simples cántaros que se van llenando de significados que constituirán su esencia. En todo caso estas construcciones, de forma irónica conducen a un resultado no deseado por las instituciones, pues dan pauta a la formación de sujetos reflexivos que no necesariamente se identifican con las representaciones impuestas, resignificando o elaborando nuevos elementos que les sean de utilidad en la construcción de su “yo”.

Bajo estas circunstancias, nuevas categoría entran en juego. Dado que parte de estos procesos reflexivos se dan desde las prácticas mismas, los deseos, la búsqueda de placer, las ansias por satisfacer la curiosidad y la significación/resignificación del cuerpo, todo ello puede invitar a transgredir las normas y elaborar estrategias que ayuden a lidiar con ellas. Tales prácticas aportan nuevos elementos a la conformación de identidades, lo cual no es un proceso estático sino reflexivo, que involucra e incorpora constantemente nuevos elementos a partir de la capacidad de agencia, la creatividad y los cuestionamien-



© Federico Gama.



© Federico Gama.

tos mismos. Así, la experiencia se constituye como una fuerza ante la imposición de normas y teorías.

Todo este proceso deriva entonces en una suerte de batalla campal entre nombrar y nombrarse, ya que los discursos institucionales (incluyendo los de muchos investigadores) exigen una coherencia de los actores juveniles respecto a las representaciones creadas para ellos, donde la coherencia se entiende como una consecución lógica de elementos: pene=hombre=masculino=deseo por las mujeres. Esto tiene por intención que los seres sean inteligibles para las instituciones, pues en caso contrario se toparían con esas “besticillas transgresoras y depravadas que se deben “enderezar” y/o “curar” para que sean buenos adultos, coherentes y heterosexuales, o bien eliminarse.

Las disputas por los nombres se han extendido incluso a muchos cuerpos académicos que aún presentan posturas reacias –conscientes o no– en torno a la diversidad, lo cual se traduce en una ansiedad constante por crear nuevas categorías que delimiten y, de ser posible, limiten a los actores.

De los jóvenes y lo que se supone que tienen entre las piernas.

¿De qué sexo eres?

¿Masculino o femenino?

Otra de las complicaciones surge cuando hablamos de heterosexuales; porque ni todos los que tienen pene son “hombres”, ni todas las que tienen vagina “esperan al pene de su vida”, por lo que se hace necesario elaborar una pequeña reflexión en torno al sexo y la juventud.

He sostenido que el sexo es en sí una construcción elaborada para dar sustento y justificación al género. Esta definición pone en tela de juicio un supuesto que se ha dado por sentado y “evidente” durante siglos, al proponer que la vagina o el pene son una construcción social, y por tanto no son naturales. Esto no niega la presencia de estructuras anatómicas, sino el que éstas posean de manera intrínseca “atributos” que impliquen normar el comportamiento, las prácticas, los deseos y las afectividades (sobre todo de forma tan homogénea).

En principio se ha querido manejar el sexo como acultural y ya dado; sin embargo, cuando se trata de delimitar lo que éste significa la situación se complica, pues incluso

bajo las perspectivas más conservadoras tener vagina o pene no sólo se interpreta como ser hombre o ser mujer. Ello da pie a una de las críticas más severas en torno a las posturas que sostienen que el género es una consecuencia causal del sexo, dado que lo femenino y lo masculino no tienen una única forma de expresarse en las diversas culturas.



© Federico Gama.

Incluso tal relación sólo cobra sentido cuando es concebida a partir de un sistema binario, pene/vagina-hombre/mujer, heterosexual y reproductivo, que en caso contrario da paso a anomalías, transgresiones y perversiones; tornando en seres abyectos a quienes no se ciñan a tales premisas. En adición, el sexo se ha manejado como elemento clave que sustenta conceptos normativos basados en etapas de un desarrollo físico. Ejemplo de esto son los “caracteres sexuales secundarios”, generadores de tantas angustias entre jóvenes a quienes no les aumenta el tamaño de sus senos, no se les engrosa la voz, no les sale barba o, peor aún, no les crece el pene.

Bajo esta lógica, el sexo en relación con los jóvenes se erige como un referente de prestigio y poder, pertenencia y afirmación del “ser”. Y sirva esto como ejemplo para resaltar la tendencia a utilizar y reducir el “sexo” a sólo un sinónimo de género, genitalidad e identidad, lo cual pone en evidencia las exigencias y posturas de un sistema sociopolítico.

En el otro extremo, existe una tendencia a utilizar sexo como sinónimo de práctica sexual, y dado el “desenfreno de los jóvenes por todos conocido” es necesario regularla –aun cuando esto parte de supuestos y posturas de adultos–, para así evitar enfermedades, embarazos y expresiones de violencia que pongan en riesgo a los adultos (presentes y futuros). En estos casos el problema es que las prácticas en general, y la reproducción en particular, son utilizadas como argumentos que refrendan las diferencias y desigualdades creadas a partir de lo que “debe o no debe ser”.

Sin embargo, no hay un sólo momento en que el sexo no se esté significando, por lo que todo aquello que se es y se hace a partir del mismo sólo puede corresponder en última instancia a los ámbitos de la cultura.

De los jóvenes y de lo que se supone que deben hacer por lo que tienen entre las piernas. O sobre quién soy, con quién lo hago y quién se me antoja

El género, entonces, como consecuencia de un sexo previamente establecido por la “madre naturaleza”, es traducido como la expresión cultural del segundo, lo que da paso a la conformación de la femineidad o masculinidad “correspondiente” a la genitalidad. Así, género es una categoría que se ha esencializado y naturalizado como parte del desarrollo humano, pero también de los sistemas de poder, y ha servido para justificar la inequidad.

Entre los jóvenes, el género parece ser la carta de admisión dentro de los procesos de socialización y socialidad en la escuela, el trabajo, la

familia o la calle. Hay cosas que los “muchachos” hacen y está mal visto que “una señorita” haga. O en ciertos casos, la manera más “lógica” de ser trasgresor es actuar o figurar dentro del género “opuesto”.

Parece que la juventud es el último lugar en el que puede estarse “desdibujado” y, como mucho de lo que se espera en el futuro adulto, después de este “periodo” ya no se admite la indefinición, mucho menos la transgresión en los ámbitos tocantes al género.

Ser hombre o ser mujer, entonces –al igual que convertirse en adulto–, se convierte en la meta. Pero el proceso no es simple, ni mucho menos inicia con la aparición de los “caracteres sexuales secundarios” –de hecho tampoco transita por un solo camino–. Si bien es en la juventud cuando se espera que esto se afirme –por lo menos en la sociedad occidental–, todo da inicio desde el nacimiento (y quizá antes). En el momento mismo en que un doctor tiene a bien decir “es una niña” o “es un niño”, parece que “naturaleza se convierte en cultura y cultura en destino”, y la vida de cada sujeto entra en un proceso de normatividad y “normalización”. Se le enseña qué puede o no hacer o decir en torno a su cuerpo, pero también a sus emociones, sus deseos, sus placeres y sus hábitos, todo lo cual da paso a un género que es contingente, pero también performativo (Butler, 2001, 2002). El género se traduce en un referente mismo de la existencia humana. Pero aun cuando se constituye como regidor, “ser hombre” o “ser mujer” no es precisamente algo tan concreto. Pensemos en todas las características, atributos, imágenes y representaciones que existen en torno a “ser hombre”, ¿es posible que cada individuo con tal adscripción cumpla con todas y cada una de ellas? No. De igual forma pasa con “ser mujer”; entonces la pregunta es ¿qué pasa con todos aquellos que no cumplen con siquiera alguno de esos ideales?

Y es justo aquí donde el género puede verse como estructura en el sentido que plantea Anthony Giddens (1979): se conforma a la vez como referente de lo permitido y como institución que constriñe y excluye a partir de lo que no puede o no debe hacerse. Por ejemplo, no importaría tanto un hombre joven sin bigote como el hecho de que se pintara los labios. O bien no es tan “problemática” una mujer joven a la cual no le aumente la cadera, siempre y cuando no actúe como “machorra”. Muchos ejemplos dan cuenta del carácter estructural del género (y en este caso en su matriz heterosexual) y de su papel como categoría normativa, donde la diferencia está dada sólo a partir del complemento dentro del binomio hombre/mujer.



© Federico Gama.



© Federico Gama.

Los géneros difusos. De *cachorros* y *titos* hasta intersexuales y *queers*

La anterior discusión plantea retos a las investigaciones que involucren las categorías de juventud, cuerpo, género y sexo. El mismo hecho de cómo articularlas o entrelazarlas plantea el problema de ubicar y cuestionar los sistemas normativos que permiten y regulan determinadas construcciones en contextos particulares, así como la postura de los actores frente a ellos. Pues incluso bajo la mirada más rígida no hay una forma única de ser hombre o mujer, masculino o femenino para los jóvenes, por lo que valdría la pena considerar su postura a este respecto.

También se debe recordar que, en el caso de los jóvenes, la apropiación de sus discursos en tanto sujetos juveniles es un proceso reciente, heterogéneo y local. Por ello, una aproximación a ellos y ellas requiere elaborar definiciones desde sus propios términos, retomando las formas en que se apropian y resignifican elementos. Esto implica la capacidad de autonombrarse y autoconstruirse, lo cual a su vez puede dar paso a la elaboración de un discurso que permita hablar a cada actor en primera persona, pues quien posee el lenguaje posee la capacidad de nombrar y clasificar.

El nombrarse da la posibilidad de asumir un papel en un contexto social, lo que podría ser una forma inicial de construcción del sujeto. Y esta resignificación no sólo se referiría al sujeto, sino también a sus prácticas, entornos, materialidad, y por supuesto a la forma en que se viven y significan categorías como sexo y género. Con

ello la apropiación, elaboración y resignificación de elementos referentes llevaría al consecuente análisis sobre los procesos de agencia de los actores.

Un punto importante a considerar es que los jóvenes pueden encontrarse en una posición en que la comunidad que los acuna no acaba de conocerlos y aceptarles, pero sí está dispuesta a rechazarlos y sancionarlos con presteza, lo cual recrudece la tensión cuando se trata de cuestiones como sexo y género.

El rechazo de los jóvenes que no se ajustan a los cánones sociales establecidos en torno al sexo y el género puede conllevar deterioro de la autoimagen y la concepción de su propio ser como algo abyecto. Dichas presencias rompen la "normalidad social", pierden su anterior realidad, y usualmente son ubicados en el terreno de lo "malo", entendidos como amenaza al sistema normativo. Y nuevamente eso que se cree tan esencial rebasa lo biológico, dado que la vivencia del sexo y el género en cada sujeto se ve forzosamente modificada por una experiencia vinculada a los contextos socioculturales e históricos.

Cabe recordar que ningún órgano sensorial está especializado en la percepción de la transgresión y lo subversivo; lo "normal" tampoco tiene un sonido, olor, sabor, color o textura inherente, por ello jamás se perciben de manera idéntica por dos o más personas. Factores como la religión, la educación, la familia, el momento histórico, los sistemas de consumo, los medios de comunicación, las relaciones interpersonales, la identidad, y las ideologías hegemónicas juegan un

papel destacado en la (auto) concepción de tales constructor; éstos no parten de un flujo sensorial, sino de la percepción (entendida como racionalización) de ciertos rasgos.

Ser joven, ser hombre o mujer, o no serlo, está más íntimamente relacionado con formas elaboradas, aprendidas y transmitidas a lo largo de la historia de la humanidad, y no tanto con características de la evolución biológica. Por tanto, estas categorías, y el impacto de su trasgresión, en realidad dependen en gran medida de la significación dada por quien vive lo uno y lo otro, conformando una caja de resonancia de significaciones sociales y personales que muestran claramente los procesos sociales e históricos que intervienen en la constitución de los sujetos en un momento y lugar determinados.

Partiendo de esto es posible entender la necesidad de los adultos de definir a los sujetos jóvenes. Es muy factible que mientras menos referencias de identificación, haya mayor espacio para el rechazo y la desconfianza. La imposibilidad de identificarse con los jóvenes por cuestiones etarias o generacionales ya es de por sí fuente de ansiedad; por lo cual es probable que se acuda a un segundo grupo de categorías para estable-

cer tratos. Entre ellas estarían el sexo y el género, dado que se sigue “siendo hombre o mujer” sin importar edad o generación. Por tanto, cuando también estos referentes se cuartejan, cuando son aun menos los atributos (físicos o no) que favorezcan la identificación, es cuando surge la necesidad de normar y sancionar con mayor rigidez.

Por esto se explica que si los jóvenes inspiran ideas de rebeldía y “locura”, y además infringen (o parecen hacerlo) aspectos como el sexo y el género, sean considerados como amenaza. Parecen oponerse a la sociedad y se sitúan fuera del conjunto de reglas que parecen no querer reconocer, perturbando las nociones de identidad, las instituciones y los límites. Como además se tiende a pensar en estos jóvenes como evidentes o visibles, es decir “se les nota”, la perturbación aumenta cuando estas evidencias no pueden ubicarse a simple vista. La idea de “si no se puede confiar en la propia percepción de la ‘realidad’ para distinguir los ‘peligros, ¿en qué se puede confiar?’” incrementa la tensión, lo cual puede traducirse en una mayor rigidez en las normas.

Pero aun dentro de esta situación no todos los jóvenes son valorados de la misma manera, interviniendo factores como la edad, etnia, nivel



© Federico Gama.



© Federico Gama.

socioeconómico, vínculos afectivos o los conceptos de belleza hegemónicos. Así, las características de unos, aunadas a la percepción y juicios de los otros, condicionan el trato entre ambas partes, dejando como resultado algunos seres tolerados y otros aún más rechazados. Recordemos que los grupos ejercen presión en favor de sus normas de identificación, y que incluso en el terreno de las prácticas sexuales no todos los cuerpos se mezclan de la misma manera. Un ejemplo de ello me lo proporcionó un informante, cuando al hablar sobre el “ligue” refirió: “a los viejos nadie los pela,



© Federico Gama.

por eso hay que hacer todo lo posible para verse joven; pero si además pareces muy nacional y proletario, la cosa se te va complicar, digo, alguna gracia debes de tener...”

Los sistemas de poder intentan mantener cierto control sobre las cosas, e incluso llegan a utilizar la tolerancia como un recurso que permite manejarse todavía bajo las propias reglas y ser dueño de las percepciones. Eso sí, en todo momento se le recuerda a quien es “tolerado” el precio que ha de pagar por transgredir su existencia: pérdida de reputación, reprimendas, aniquilación de la autoestima, privación de libertades y derechos; tristemente, los grados de la reacción colectiva son más numerosos que las alternativas.

Por ello valdría la pena recordar que cuando miramos también descubrimos, reconocemos e identificamos, pero también ignoramos y culpamos, lo cual debería llevarnos a preguntar si los demás lucen así por lo que son, o si nos parece que lucen así por lo que creemos que son. Todo esto se puede traducir en nuevos derroteros en los procesos de investigación, al poner bajo la mirilla discusiones que pueden abarcar tanto lo empírico como lo conceptual.

Identidades como “trans”, “cachorros” y “titos” en México, o los *twinks* o *genderqueer* en países angloparlantes, movimientos como el *bash back* o *gender fuck* y términos como *queer* deben ser problematizados a la luz de la ingerencia que los jóvenes tienen en ellos. Incluso la ausencia de las mujeres jóvenes en las investigaciones es una deuda pendiente: desde el hecho de ignorar cómo se construyen (o cuestionan) sus feminidades, la forma en que conceptualizan sus cuerpos, los discursos que manejan en torno a sus deseos y placeres, la significación y resignificación de procesos como la menstruación, la maternidad, las prácticas sexuales, e incluso la violencia sexual, son sólo algunos ejemplos de la larga lista de pendientes en este rubro.

La apropiación de espacios, la resignificación de elementos, y la elaboración de nuevos códigos son también aspectos fundamentales que se han dejado de lado; incluso, el uso clásico de las categorías hombre y mujer debería ser cuestionado, ante las nuevas formas en que los jóvenes las toman y resignifican.

Cuestionamientos como ¿qué papel han jugado los actores juveniles en la conformación de eso que se llama diversidad sexual y genérica?, ¿qué papel juegan la juventud, ser joven y lo juvenil como categorías en

la construcción de las identidades que se conforman en torno al género y la preferencia sexoafectiva (sea que cuestionen o no)?, ¿qué pasa con los jóvenes que deciden apegarse a los sistemas hegemónicos o que no quieren ser identificados fuera de ellos?, ¿cuáles son las supuestas transgresiones de los jóvenes que no se ciñen a los patrones tradicionales de sexo y género?, ¿cuáles podrían ser verdaderos actos subversivos y cuál es el papel de los contextos y las instituciones en el desarrollo de los mismos? Tales cuestiones marcarían las pautas de entrada a estudios

que imbriquen juventud, sexo y género, junto a categorías como cuerpo, deseo y placer, sin las cuales difícilmente se puede hablar de una investigación más integral. Y si a esto se le suma la deconstrucción y replanteamientos de conceptos como identidad, representación, práctica, dimensión e imaginario, el resultado nos daría un panorama más amplio de lo que significa ser joven. Porque no existe un sólo joven que no exista en un cuerpo sexuado, sometido, cuestionado y/o cuestionando al género, nos guste o no.



© Federico Gama.

Bibliografía

- Amícola, J., *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Buenaventura V., N., *Mitos de creación*, Santa Fe de Bogotá, Norma, 2000.
- Bucholtz, M., "Youth and Cultural Practice", en *Annual Reviews of Anthropology*, vol. 31, 2002.
- Butler, J., *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós/ UNAM, 2001.
- _____, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Caputo, V., "Anthropology's Silent 'Others'. A Consideration of Some Conceptual and Methodological Issues for the Study of youth and Children's Cultures", en V. Amit-Talai y H. Wulff (eds.), *Youth Cultures*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 19-42.
- Coleman, J. S., (2008) "La sociedad adolescente", en J. A. Pérez Islas, M. Valdez González y M. H. Suárez Zozaya (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 142-168.
- Giddens, A., *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, Macmillan, 1979.
- Laquer, T., *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994.
- List R., M., *Hablo por mi diferencia. De la identidad gay al reconocimiento de lo queer*, México, Eon, 2009.
- Muna, L., *Romance and Pleasure. Understanding the Sexual Conduct of Young People in Dhaka in the Era of HIV and Aids*, Dacca, The University Press, 2005.
- Paré, A., *Monstruos y prodigios*, Madrid, Siruela, 2000.
- Urteaga C.P., M., "La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos. México", tesis de doctorado en ciencias antropológicas, México, UAM, 2007.
- Valentine, J.; T. Skelton y D. Chambers, "Cool Places: An introduction to Youth and Youth Cultures", en T. Skelton y G. Valentine (eds.), *Cool Places, Geographies of Youth Cultures*, Londres, Routledge, 1998, pp. 1-32.
- Wittig, M., *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona, Egales, 2005.



DESIDE...

